



revista contracultural realizada en Barcelona que dedicó un número a las Fallas. El contenido conmovió al ejecutivo municipal, que montó toda su tramoya publicitaria con la fobia anticatalana. "Los catalanes han insultado a los valencianos". Ventura se confiesa autor de uno de los artículos, como también valencianas eran las otras firmas. Este hecho lo conocía el "bunker-barraqueta". Pero prefirió iniciar las demandas judiciales, montar actos de desagravio a la honestidad y pureza de la mujer valenciana, para guardar los cañones una vez que el Consejo de Ministros cerró durante cuatro meses la revista con multa de 250.000 pesetas. "Los falleros -se puede leer en la página 96- no se sentían ofendidos en su persona, sino en la de sus hijas, madres, hermanas y novias... na especie de complejo de Edipo colectivo desencadenaba una reacción histórica de masas". ■ JAIME MILLAS. Foto: PACO NARVAEZ.



Rafael Ventura Meliá.

Raimon habla

La figura de Raimon, el cantante y poeta de Xàtiva, está siendo sometida a "revisión" en

estos últimos tiempos. La voz más representativa de la "cançó" catalana en los últimos años del franquismo, indiscutiblemente uno de los gritos más definitorios y desgarradores de la postergada identidad mediterránea en la época de la dictadura, es ahora puesta en entredicho y a veces negada. Y si, evidentemente, no es necesario mantener a nadie en ningún pedestal, ni se trata tampoco de adorar a los mitos, tratándose de intocables, tampoco parece justo el derribo por el derribo, el ataque por el ataque, la crítica por la crítica (siempre que no sea razonada). A poner un poco las cosas en su punto, y a arrojar más información y luz sobre la figura de Raimon, viene ahora muy oportuno este libro de Eduardo Galeano (1), periodista y ensayista uruguayo de residencia actual en Barcelona, una importante pluma de la amplia realidad socio-cultural-política de nuestro tiempo, y recientemente galardonado con el Premio Casa de las Américas por su labor profesional.

Raimon Pelegrero habla con Galeano en cuatro sucesivas entrevistas, distanciadas en el tiempo (la primera, a modo de entrada, procede de 1966), pero unidas por el cordón umbilical de la trama que sabe imprimirle el escritor. Así, poco a poco, van aflorando constante y cíclicamente los temas que preocupan a ambos: la trayectoria vital del artista, su contexto social y cultural, la evolución de ambos y las interrelaciones y rectificaciones que ambos elementos producen. Y a través de todo ello, el pensamiento raimoniano se revela como uno de los más sólidos y coherentes de la "cançó", así como de los más lúcidos. Si se pudiera hablar de "teóricos" de este amplio movimiento que abarca ya diversas generaciones de poetas y músicos, uno de los primeros habría de ser el autor de "Al vent" y "Diguem non". Lo cual, repetimos, no elimina el hecho de que su la-

(1) Eduardo Galeano: *Conversaciones con Raimon*. Grànica Editor. Barcelona, 1977.

bor pueda ser sometida a planteamientos más incisivos, como los de cualquier mortal.

El librito recoge, finalmente, algunos de los más diversos textos creados por Raimon, en transcripción bilingüe, así como una larga serie de ilustraciones y fotografías ciertamente inéditas. El aspecto musical queda, sin embargo, ligeramente eludido. Y es ese aspecto donde la labor de este entrañable autor ha podido resultar, y resulta, más discutible. Sin embargo, Raimon será siempre recordado más por el hallazgo de su expresión poética que por la músico-armónica, y su estética social quedará por encima de la artística. Aunque ambas se hayan



Raimon.

fundido en un estilo absolutamente personal, sobrio, directo, punzante y emotivo, que en los tiempos de clandestinidad franquista eran no sólo los más adecuados, sino, seguramente, los únicos posibles. ■ ALVARO FEITO.

¿Información? ¿Comunicación?

Existe una cierta confusión sobre el empleo de los términos "comunicación" e "información". Muchas veces se utiliza indistintamente ambas palabras; otras, se emplea el segundo vocablo en su acepción más corriente de "difusión de la noticia", pero al mismo tiempo se le concede equivocadamente categoría de ciencia. Y así tenemos, por ejemplo, que en las Facultades donde se enseña periodismo, pero también ciertos aspectos de la teoría de la comunicación, que es otra cosa, se las denomina de "ciencias de la información". Sin tenerse en cuenta que la información es, en el sentido más estrictamente científico, sólo una parte del universo de la comunicación.

La comunicación se establece cuando dos individuos o dos sistemas distintos, valiéndose de un repertorio común de signos, intercambian estímulos o experiencias; la información, más limitada, tiene que ver precisamente con esos estímulos, con esos mensajes intercambiados. Es, rigurosamente hablando, una medida matemática. El valor informativo de un mensaje está en función del número de elecciones binarias (bits) precisas para eliminar en él toda ambigüedad.

Esta introducción, cuyo valor informativo o redundancia variará según el lector, era, sin embargo, imprescindible para destacar la oportunidad y utilidad de un libro como el de Robert Escarpit: *Teoría de la Información y Comunicación*, que acaba de publicar Icaria (1). Libro ambicioso en el fondo, pese a las protestas de modestia que hace al autor en el prólogo a la edición española, porque los estudios de comunicación se apoyan en una multiplicidad de disciplinas que van desde la sociología hasta la lingüística, pasando por la física, la lógica y las matemáticas.

Absorbidos las más de las veces por el componente que podríamos llamar "psíquico" de la actividad comunicativa -el contenido de los mensajes-, no concedemos la suficiente atención a los fundamentos físicos -canal y transporte de energía- de todo el proceso. Escarpit trata de poner las cosas en su

(1) Robert Escarpit: *Teoría de la Información y Comunicación*. Traducción de Araceli Carbó y Pilar Sanagustín. Icaria. Barcelona, 1977.

sitio, y así, los primeros capítulos de su obra están dedicados a un recorrido, rápido y sintético, por las distintas teorías y descubrimientos científicos que han posibilitado el establecimiento de una red planetaria de comunicaciones. Descubrimientos como los de las leyes de la termodinámica y la cinética de los gases por Carnot, Clausius y Boltzman, cálculos

estadísticos de la frecuencia de las letras o de algunas palabras en un idioma o un autor determinado (cadenas markovianas, leyes de Zipf); formulación de la teoría matemática de la comunicación por Shannon con su famosa fórmula, que recuerda a la de la entropía, y su recurso al sistema de numeración binaria, que ya utilizara Leibniz hace trescientos años; fundación de

la cibernética por Wiener, etcétera.

Sin todos estos descubrimientos no cabría hablar hoy, como hace Escarpit, de "máquinas de comunicar", que incluyen desde el simple relé, que se limita a retransmitir las señales que le llegan en una nueva dirección, asando por las máquinas con memoria, hasta llegar a las "máquinas biológicas", produc-

toras de información, y las infinitamente más complejas "máquinas de pensar" (el cerebro humano), capaces de reaccionar de forma creativa e imprevista frente a cualquier estímulo. Máquinas cuya interconexión a través de una red constituye lo que llamamos un "sistema de comunicación", aunque, precisa Escarpit, "la información que circula por ellas no puede ser percibida como tal y enunciada más que por las máquinas de lenguaje". Sin el hombre puede haber comunicación, pero no teoría de la comunicación.

Escarpit aborda en su libro otros muchos problemas centrales para la comunicación, como son el del lenguaje —hace una exposición sucinta de las teorías chomskianas—, o el propiamente psicosociológico de la dinámica de grupos, que le permite formular una oportuna crítica al concepto mismo de "comunicación de masas", sin olvidarse de ciertas cuestiones documentales y de sociología de la literatura, tema, este último, favorito del autor.

En su introducción, y previniendo posibles dificultades de comprensión, Escarpit indica que la obra puede leerse en diagonal. Yo secundaría este consejo, aunque en otro sentido. El libro, tal y como está estructurado, produce un cierto efecto de dispersión. Los temas tratados, que son, según hemos visto, múltiples, aparecen a veces como simplemente yuxtapuestos. Una primera lectura en diagonal podría servir para contrarrestar ese efecto. ■ JOAQUIN RABAGO.

ADIOS A LAS LETRAS

Un Ministerio surrealista

Antoni Papell debe estar aprendiendo ahora a ser director general de Difusión Cultural, después de dimitir del cargo. Aunque en Palma de Mallorca, adonde se ha trasladado para estudiarse los cursos por correspondencia de la UCD, no tendrá demasiadas ocasiones de encontrarse con Jorge Guillén y descubrir que el poeta vallisoletano tiene la piel menos tostada que Nicolás Guillén, al que el antiguo director general confundía reiteradamente con el autor de "Cántico".

Papell no debe ser el único ignorante del Ministerio de Cultura. Hay incluso un secretario general técnico o algo así, llamado Jaime de Urdáiz, que ignora que su partido es UCD, y se dedica en Canarias a denostar al Gobierno al que sirve porque le hizo más fácil la pesca a Hassan II.

Hay otro ignorante por allí que se cree que Apollinaire es de estos días y que su libro "Las once mil vergas" (un título que aquí resulta inocente, pero que en Venezuela hace sonrojar a la primera dama) representa una amenaza a las buenas costumbres. Y va y decide secuestrar el libro. Afortunadamente para el libro y para el editor (Apollinaire desconoce por completo el "affaire"), los tres mil ejemplares de la primera edición hablan sido "secuestrados" antes por manos impúdicas de andaluces que, como uno de cada tres de ellos está desocupado, se dedican ahora a leer.

Otro ignorante debe ser el director general de Teatro, Rafael Pérez Sierra, que aún no se ha enterado de que no lo es. Enrique Llovet, entre intervención pesoetista y mitin ugetista, ha escrito en la prensa que él únicamente reconoce como director general de Teatro a José Tamayo. El "BOE" no ha ratificado el nombramiento llovetiano porque el "BOE" no es de UGT.

No sé si Llovet reconocerá a Marsillach como director del nuevo Centro Dramático Nacional. Creo que ese nuevo nombramiento le podría costar el puesto a Pérez Sierra. Según me informan de Moncloa, ese pomposo título era el que Adolfo Suárez tenía previsto imponerle al nuevo gabinete segoviano, pero se lo ha chafado el otro Adolfo.

Pío Cabanillas, que dirige el Ministerio más surrealista de España y parte de Lisboa, ha demostrado una gran capacidad de encaje. A una dimisión sucede un nombramiento y él, aga-



Pío Cabanillas.

rrándose con sus manitas las mangas de camisa de notario con las que va al Parlamento, ni se inmuta. Para lo que tiene mucha imaginación es para los títulos que le impone a sus creaciones. La creación que puso en manos de Antonio Fernández Alba, el dimitido director del Centro de Investigación de Nuevas Formas Expresivas, no podía ser más brillante. Luego no funciona "porque el Ministerio es un desmadre", como se dice, pero ahí queda el título para que luego lo compre Emilio Romero y ande dos meses dirigiendo el "copyright".

Y termino con un consejo mi intolerable injerencia en la españolidad del Ministerio galaico. La Junta Democrática que creó Santiago Carriño en Francia funcionó gracias a la buena imagen que supo darle José Luis de Vilallonga, que pasea ahora por Madrid su cuerpo de lagarto rejuvenecido de la aristocracia. ¿Quién mejor que el aristócrata "abertzale" para insuflar ánimos nuevos al Ministerio decaído, antes de que su titular se vaya en paz a la otra Xunta? Pero Vilallonga, mirando hacia la Moncloa, se queda sorprendido y rechaza el puesto: "Podría venir pronto Napoleón a este país y prefiero que ese acontecimiento me coja en Francia".

A Umbral, Vicent y Cándido, Napoleón los cogió en el teatro. Fraga Iribarne y Pío Cabanillas —siempre juntos estos dos galaicos— simulaban ir a bendecir la obra que los tres presentan en el Martín. En realidad fueron a preparar el terreno a Napoleón. ■ SILVESTRE CODAC. Foto: R. RODRIGUEZ.

TEATRO

La aventura de La Cuadra

Estreno en Madrid de "Herramientas", el tercer trabajo de La Cuadra. Como ya ocurriera en los dos anteriores —"Quejío" y "Los palos"—, ha sido presentado en el Colegio Mayor San Juan Evangelista, cuya pequeña sala tantísima importancia ha tenido y tiene aún —hasta tanto se modifique la reglamentación actual de las salas de espectáculos— en la vida teatral madrileña. Presentación destinada a contrastar el trabajo con un público universitario, sin perjuicio de andar luego por los barrios o de ocupar